

población temblaba ante la presencia de un sádico criminal que había asesinado monstruosamente a su "atractiva" esposa, y por ahí la sarta de estupideces que llevaban el objetivo de inculpar y prejulgar al aborrecible Sebastián.

Los vecinos, sabedores de la conducta de Sebas, a quienes les constaba que la difunta no había derramado una sola gota de sangre, ni tampoco era "atractiva", encabezados por los principales jefes de familia se unieron para defender al peluquero. Don Jesús, comerciante ampliamente conocido y estimado por su solvencia moral y honradez, contrató los servicios de un abogado, para que se aprestara cuanto antes a defender al que sabíamos de antemano era inocente. Su propósito era que Sebastián fuera puesto en libertad absoluta antes de la ya muy próxima Navidad.

Mientras tanto, allá en la inmundada prisión, Sebas era vejado y humillado en su dignidad de persona humana cumpliéndose en este hombre, la antigua y eterna crueldad. Pocos eran realmente los delincuentes y salvo raterillos y vagos, al caerles un pez gordo a los estafalarios polizontes, éstos creyeron que maltratándolo y aislándolo en el peor de los calabozos, hacían un acto de colaboración a la justicia. El figaro lloraba desconsoladamente mirando por la única ventanilla al cielo implorando la comprensión y clemencia divinas...

XX

Una tarde, recién llegado de la Escuela y como era costumbre, me puse a jugar con Lobo, el enorme perrazo pastor alemán, a quien le hacía muchas maldades encerrándolo en el cuarto de triques y observando cómo se las ingeniaba para escaparse. En aquel cuartucho desvencijado, existían varias cajas que ya en otras ocasiones había abierto por curiosidad y sabía que contenían altos y emplumados sombreros muy pasados de moda y que con inexplicable celo guardaba mi tía Aurelia hasta, quizá, la consumación de los siglos. Esa tarde, lobo, en su afán desesperado por salir de su prisión —ya que lo había encajonado prácticamente— pretendió escabullirse saltando por arriba y derrumbó estrepitosamente algunas de las cajas sombrereras. Oí un tintineo metá-

lico y vi semi-oculto en una de las tapaderas, un pequeño sobrecito ya muy amarillento, parecido a una esquelita, y que ostentaba, con letra muy garigoleada y menuda la siguiente leyenda: "Respetable señor Don Valeriano Garza de las Fuentes". De inmediato, entre temeroso e intrigado abrí el sobrecito y me encontré con el contenido siguiente: "Muy Respetable Señor: Tengo el alto e inmerecido honor de pedir en matrimonio la mano de su delicada hija Aurelia. Al leer este nombre, me dio un vuelco el corazón, pues por el raro estilo de la letra, me pareció leer Amalia, en lugar de Aurelia y Amalia era mi santa madre, a la cual pedía en matrimonio nada menos que Francisco Paredes Treviño, mi padre. Me quedé helado y pensativo y sin soltar la tarjetita, recogí del suelo dos pequeñas moneditas de oro, cuya fecha coincidía con la del matrimonio de mis padres. De pronto, súbitamente, me pareció ver la luz y recordé vagamente algunos trozos de pláticas que escuché muy niño entre cercanos parientes... sí, ahora hilvanaba. Conjeturaban que aquel antiguo enamorado de la esquina, mi padre, pretendía realmente a Aurelia, no a Amalia con la que se casó. Al volver a fijar mi vista con más insistencia sobre aquel hallazgo, sentí, intuí, la presencia de alguien. No salía de mi atolondramiento, me parecía por unos instantes perfectamente claro que la mujer pedida en esa esquelita era aquella cuyo nombre aparecía cada vez con mayor precisión. Sí, sin lugar a dudas —pensé— aquí se trata de Aurelia. Pensé que posiblemente mi abuelo, corto de vista, cometió sin quererlo, la más aberrante e injusta equivocación al leer e interpretar mal el verdadero nombre y quizá mi padre obligado por las circunstancias de aquellas estrictas normas sociales imperantes, no tuvo el coraje de hacer aclaraciones, o no pudo a tiempo —Dios sabría las razones— enmendar el absurdo error. Me acerqué nerviosamente al tragaluz para observar de nueva cuenta aquellos trozos, cuando una fuerza superior me hizo volver mi vista hacia la puerta. Allí, paradita, quieta, silenciosa, pero con los ojos llorosos estaba mi tía Aurelia. Al verme sorprendido, corrí, con la cartita en la mano y la abracé con todas las fuerzas de mi alma. Ella, que no derramaba jamás una lágrima

ma, estaba llorando abundantemente, sin extremos y sin quejas. Suavemente me quitó el pliego y sacando unos fósforos de su delantal, le prendió fuego. Las moneditas son tuyas, guárdalas, como estoy segura que sabrás guardar nuestro secreto sin que nunca jamás desgarras el corazón de tu madre, ni empañes la memoria de tu padre. Y sin más, dio media vuelta y se perdió entre los cuartos...

XXI

Don Jesús, con dinamismo y rapidez se movía para lograr la libertad de Sebastián y en unión del abogado, visitó al Juez y al Agente del Ministerio Público, para que activaran el trámite de la averiguación y pudieran dejar en libertad al inocente.

Mientras tanto, el pobre Sebas, sufría el calvario del prisionero; su celda lóbrega y maloliente, trasminaba humedad que aunada al frío reinante, hacían imposible la vida en aquella mazmorra. Don Jesús gestionó la salida de aquel humillante lugar y logró con súplicas y dádivas que al reo lo dejaran permanecer en la oficina de la cárcel.

Como los días pasaban y ningún funcionario tenía apuro en solucionar el caso, optó aquel recio y gran hombre de Don Jesús, en trasladarse a la capital a entrevistarse con el propio Gobernador del Estado. Al efecto, se hizo acompañar del litigante y dos vecinos del barrio que se animaron a acompañarlo. En la estación, al despedirlos, todo era bullicio y optimismo, parecía que la gente, el pueblo, veía en aquellos hombres, sobre todo en don Jesús, al prototipo del héroe de novela.

Después supimos la odisea de aquellos hombres desinteresados y nobles que creían que todos los seres eran como ellos, buenos, sinceros y francos. ¡Qué equivocados estaban! Hasta el más modesto portero se tornaba en el más grosero y déspota de los semejantes. Pero a don Jesús no le amilanaba la actitud despreciativa de aquellos malos empleados y con entrega y valor, logró, después de tres días de humillantes antesalas ver al personaje que se proponía. Al principio, el

funcionario ejecutivo mostróse recio y cauto, pero como buen zorro viejo, al rato recorrió el velo y descubrió la sinceridad y la verdad en aquellos corazones. Mandó llamar al Procurador de Justicia y en su presencia le dio instrucciones para que de inmediato enviara un abogado de su confianza y en caso de ser cierta la versión de aquellas personas, se desistiera de las acciones entabladas en contra de Sebastián. Por si fuera poco habló por teléfono con el Magistrado del Tribunal y le pidió cooperación. Ni qué decir que don Jesús y acompañantes agradecieron aquel raro gesto del Gobernante y con el mismo funcionario encargado de la investigación, regresaron en el tren aprovechando el trayecto para hablarle, platicarle más a fondo de quién era Sebastián. Para fortuna, el hombre enviado, resultó activo y honrado, iniciando como primer trámite la exhumación del cadáver de Esther, para determinar por medio de la autopsia el motivo de la verdadera causa de la muerte y al ser enterado por el médico legista de que el origen había sido una falla cardíaca y no el supuesto envenenamiento, ordenó la libertad del prisionero.

Poco faltó para que aquello se convirtiera en jubilosa fiesta patria, pues todo el barrio se vació materialmente en la puerta de la cárcel y entre vítores y aplausos se le dio de nuevo la bienvenida al seno de la sociedad a Sebastián. El figaro llorando emocionado daba las gracias a don Jesús y a todos los vecinos por su interés en haberlo ayudado en aquellos momentos duros de su vida.

María, que había estado pendiente desde la aprehensión de Sebas, se lanzó sin titubeos en brazos del figaro llorando verdaderamente conmovida. La gente los aplaudía y felicitaba, compartiendo con ellos, como si se tratara de una gran familia, aquellos momentos de auténtica felicidad. Mañana iba a ser un gran día. El día de la paz y la concordia humanas. Mañana sería Nochebuena...

XXII

¡Nochebuena! Júbilo y alegría desbordantes en los co-

razones. Los vecinos encabezados por don Jesús, organizaron una gran y suculenta tamalada en honor de Sebastián y María. La enorme y larga mesa se instaló entre la arboleda en el patio común de varias de nuestras casas. A pesar de ser invierno, el día se mostraba plácido y complaciente en su temperatura. De trecho en trecho, las mujeres adornaban la mesa con tuestos de flores que le daban mejor aspecto y un colorido alegre que irradiaba luz y bienestar. Aquello parecía una especie de "kermesse" y no faltó quienes de los muchachos llevaran guitarras, acordeones y músicas de boca y entonan bellas y bravías melodías de nuestra región.

Sebas y María caminaban con las manos entrelazadas por entre las gentes, repartiendo, eufóricos, sonrisas y abrazos. Ahora ya todo había pasado y se abría una nueva y verdadera vida para ellos. Bastaba mirarlos tan contentos y enamorados que uno mismo se sentía contagiado por tal estado de ánimo. Todo mundo estaba feliz, con un sosiego y una paz que parecían en velos invisibles dispersarse gratamente por el ambiente. Reinaban la armonía y la concordia entre los concurrentes. El acontecimiento lo ameritaba y el gran día lo exigía.

En plenos postres —conservas de calabaza y naranja con queso— alguien pidió que hablara Sebastián. Al principio éste se hizo el desentendido, pero luego, todos al unísono, hicieron que, tambaleante e indeciso, se levantara el figaro. Todo mundo se calló y Sebastián, tartamudeando dijo: Queridos vecinos y amigos míos, una sola vez en mi vida me he sentido halagado y agasajado, ésta es esa ocasión y la comparto con la presencia del ser que más quiero en el mundo: María. Aquí se oyeron algunos aplausos y luego, más tranquilo y seguro continuó: Deveras me siento tan emocionado que no tengo más que palabras dictadas por el corazón agradecido para todos ustedes que han sido tan buenos conmigo. No quiero olvidar a don Jesús, quien tanto me ayudó para salir de prisión, no pudiendo nunca pagarle tan bello gesto. De pronto, como recordando algo, Sebastián anunció que este día tan grande era el santo de don Jesús y todos aplaudieron en dirección a éste, quien se levantó para agradecer los aplausos y alzan-

do las manos en ademán de silencio, habló así: respetables señoras, caballeros, amigos todos, muchas gracias por esta muestra de simpatía: sinceramente yo también estoy muy emocionado al ver aquí reunido a todo el vecindario como si formásemos una sola familia, realmente es para sentirse feliz, ojalá y hago mis votos en este día de Nochebuena, por que todos nuestros semejantes en el mundo, pudieran hacer lo mismo que nosotros, reunirse, cambiar impresiones, reproches y sonrisas; sentirse en verdad como lo que somos: ¡hermanos! También deseo en esta memorable ocasión en que el espíritu de Navidad nos ha abrazado, que pensemos, aunque sea un instante, en nuestros hermanos enfermos, desamparados, desvalidos y angustiados y roguemos al Hacedor porque alivie un poco sus penas y nos dé fuerzas a nosotros para ayudarlos. Despojémonos de egoísmos y vanidades; pidamos al Señor que nos dé la mansedumbre que tanto necesitan nuestros corazones. Curáplamos el más bello y noble encargo: "amémonos los unos a los otros".

Vivamente conmovidos, todos nos levantamos de nuestros asientos para aplaudir, más que con las palmas, con el alma, a aquellas generosas palabras de un generoso hombre.

Silenciosamente Sebastián, tomando de un brazo a María, se encaminó hacia el colosal albergue de los pájaros y delante de todos, en un gesto de transfiguración, abrió la puerta de la jaula, dándoles la libertad a sus queridas avecitas. Gran algarabía con el revolotear de aquella multicolor bandada de pajaritos; unos, partían derecho hacia el cielo infinito, otros, azorados, se posaban en las ramas de los árboles cercanos. Ni una palabra. ¡Parecía que flotaba sobre el ambiente el halo divino de la Paz!